

internacional

Los niños mineros de Kolwezi

LA PRESENCIA INFANTIL ES UNA CONSTANTE EN LAS EXPLOTACIONES DE LA PROVINCIA CONGOLEÑA DE KATANGA, DONDE NO HAY LEYES NI MAQUINARIA.

TEXTO Y FOTOS:
GEMMA PARELLADA

La provincia de Katanga, en la República Democrática del Congo, considerada un escándalo geológico por la anárquica explotación de sus abundantes recursos minerales, es una tierra tan codiciada como olvidada. Sin medidas de seguridad ni contratos ni opción de buscar otras salidas, los ciudadanos de Kolwezi escarban la tierra con sus manos en busca de una supervivencia que no alcanza para construir un futuro porque, una y otra vez, los frutos de su peligroso trabajo se escapan, en camión o en ferrocarril, hacia otros lugares.

Aquí los niños son algo más que inocentes testigos de un modo de vida imposible; a muy corta edad deben empezar ya a alternar los juegos infantiles con el trabajo adulto. La joven Ndembo, sonriente, da palmadas marcando el ritmo a la vez que emite un sonido entrecortado con la boca. Numbi, la amiga que camina a su lado, empieza a imitarla, y ambas se sumergen en un divertido canon solo interrumpido de vez en cuando por sus propias carcajadas. Tienen 15 y 14 años y ahora pasan junto al lago artificial de Kolwezi, de camino a la mina.

Sobre cobre y cobalto

Kolwezi es una ciudad sin electricidad, sin agua corriente y sin asfalto que yace sobre cobre y cobalto; un lugar donde cada pedazo de tierra es mercancía potencial. Los yacimientos se esparcen a las afueras, a varios kilómetros a la redonda, pero incluso los caminos de los alrededores están llenos de pequeñas minas artesanales, agujeros abiertos en el camino por algún jefe de obras espontáneo y ocupado por los ciudadanos faltos de trabajo. El núcleo urbano, formado por casas de cemento y chabolas de aluminio, se levanta entre mangos y aguacateros. Este rincón del Congo, que fue un día el motor de la provincia de Katanga (a su vez el pulmón económico del país) es ahora un terreno que funciona bajo las normas impuestas por la explotación ilegal y anárquica y la corrupción de las autoridades locales, facilitada por una confusa situación política y la debilidad de las instituciones estatales.



►► Los frutos del trabajo ► Un grupo de niños muestra trozos de mineral hallados en la mina de Kolwezi.



►► Pausa para el juego ► Ndembo y sus amigas juegan a gomas en una calle de la ciudad.

Kabuiza, una de las amigas que anda unos metros por delante, apresura el paso y pronto empieza a correr. Desde lo lejos se despide con la mano. «Es tarde, y si regresa al hogar sin nada tendrá problemas -dice Ndembo-. A ver si puede encontrar algo antes que caiga el sol».

El rojo intenso de la arena se destiñe bajo los pies de las jóvenes mineras, que marchan a paso ágil. Una extensión de montañas irregulares de arena fina y blanca aparece como fin del trayecto. Es como un hormiguero gigante. Adultos y niños, dentro y fuera de hoyos de distintas profundidades, pican, amontonan o cargan sacos. Al otro lado del monte hay un riachuelo, donde la gente limpia el mineral con los pies sumergidos en el agua.

«La estación seca es una buena época para trabajar, porque el agua no ablanda el terreno», cuenta Maganga, la mayor del grupo de amigas. «Cuando llega el ciclo de lluvias, los desprendimientos se hacen más habituales y hay accidentes a menudo. Algunos se mueren,

explica con toda naturalidad. En un lugar sin infraestructuras, donde ni una sola máquina hace más ligero el trabajo manual de los cavadores, tampoco hay ningún artilugio que pueda sacar a los mineros cuando la tierra cede y los desprendimientos les dejan atrapados dentro de los agujeros. Aunque los registros oficiales no existen, se calcula que decenas de trabajadores mueren cada año por este tipo de sucesos, a los que hay que sumar la decena de personas que pierden la vida cada semana en los accidentes en las rutas en pésimo estado que salen de la ciudad, cuando los camiones de mercancías vuelcan o chocan.

Sin picos ni palas

Las niñas han venido hoy al gran hormiguero de arena blanca porque no tienen picos ni palas. Cuando tienen herramientas suelen ir a las minas de hierro, las rojas que hay junto a los caminos; si no, se acercan hasta aquí, a la corriente de agua, y buscan entre los montones de tierra que otros han sacado a pulso para profundizar las galerías, esperando encontrar entre los desechos algo que se pueda aprovechar.

La materia que extraen los mineros de Kolwezi es sobretodo heterogénea (mineral que contiene cobre y cobalto), malaquita (también de cobre) y hierro, que venden a los intermediarios en estado puro, tal y como saldrá del país para ser tratado en Zambia, Suráfrica o Asia, los principales destinos.

Ngoi, infantilmente coqueta, rebusca entre los montones ya filtrados a ver si hay suerte. **«El problema de ser una mujer trabajando en las minas es que los hombres requieren de tus servicios y, a veces, algunas, si no tienen dinero, se prostituyen»**, dice en voz baja.

Hace un rato Ndembo y Numbi jugaban a gomas con otras amigas que ahora se dispersan entre las canteras. Hoy están contentas, ya que la jornada será corta: por la mañana tuvieron cita en casa de las monjas, donde algunas mujeres de la comunidad les enseñan a hacer galletas y a coser, para que puedan vender dulces o vestidos en vez de arriesgar su vida en busca de un poco de mineral. Pero, aunque el negocio que se les propone es más rentable –en un día vendiendo buñuelos pueden ganar unos 500 francos (poco más de un euro), mientras que en la mina se sacan solo unos 300 por jornada–, para hacer los dulces tienen que comprar primero los ingredientes, y para tejer, hilo y agujas, una inversión que no pueden permitirse.

Sacos por doquier

En un paisaje de mangos y aguacateros, de casuchas con techo de chapa y estaño, de vegetación selvática y arena roja, destacan sobre todo los sacos. A espaldas de niños, de hombres y de mujeres, ocupando la totalidad del andén en la estación del ferrocarril, arrastrados por carretillas y bicicletas o apilados en enormes camiones, allí están, los sacos de tierra, yéndose a alguna parte tras haber ayudado a los habitantes de Kolwezi a sobrevivir pero sin reportarles una semilla de futuro.

Al otro lado de la ciudad se levantan las fantasmagóricas instalacio-



►► **Caras blancas** ► La arena tizna el rostro de los niños trabajadores.



►► **En la cantera** ► Dos jóvenes arrastran un carro lleno de mineral.

La quiebra de la Gécamines sumió en el paro a la mayoría de la población

nes de la Gécamines, la que fue la gran compañía minera del país, el orgullo de la provincia y el motor de la economía congoleña. Las imponentes instalaciones, degradadas por el abandono, el descuido y el pillaje, con las barreras de hierro oxidados y las rampas corredizas inmóviles, son el testigo silencioso de la existencia de un exigente próspero que se derrumbó. La empresa entró en bancarota en los años 90, sumiendo en el paro a la mayoría de la

población de la zona. Tras cruzar varias verjas de metal y algunas barreras de guardias uniformados, después de rodear los viejos y dañados edificios, y tras recorrer unos kilómetros hacia las entrañas del terreno de la Gécamines, otra vez la riqueza de estas tierras se traduce en un espectáculo de belleza salpicada con escenas cotidianas. Un lago verde esmeralda, al fondo de un cráter con forma de anfiteatro, aparece a la izquierda, como

preludio de un desierto de arena gris que se extiende hasta el horizonte en un paisaje lunar. Y, una vez más, la multitud de puntos en movimiento en la lejanía que de cerca son miles de manos de todos los tamaños sumergiéndose en la tierra, rascando, escarbando, buscando

La malaquita es lo que da al estanque del fondo del barranco el tono verdoso que se puede observar desde arriba. Y los escalones que se dibujan en las paredes del cráter gigante son los distintos niveles donde trabajan los cavadores.

Unos niños con las caras blanqueadas por el polvo suben corriendo sin casco por una de las resbaladizas pendientes. El que parece ser el cabecilla del grupo gana la carrera. **«Quiero estudiar pero mis padres no tienen medios, así que aprovecho las vacaciones para venir a trabajar. Con lo que gane pagaré la inscripción en la escuela, compraré un bolígrafo y un par de libretas»**, cuenta. Un fajo de billetes asoma en cada uno de los bolsillos de su pantalón; les dirige una mirada de expresión orgullosa cuando dice: **«Sí, hoy ha sido un buen día»**.

En el pueblo cuentan en voz baja que algunos niños aguardan la noche escondidos en algún rincón. Cuando la oscuridad –negrísima oscuridad de una ciudad sin corriente eléctrica– les protege de las miradas, inician el peligroso periplo de cruzar el pueblo con un carro lleno de mineral. La operación se lleva a cabo en grupo y de la siguiente manera: uno de los chavales se avanza cauto y radiografía la situación, vigila que no haya moros en la costa –los más temidos son, al parecer, los agentes del Grupo Bazano– y con una señal da el visto bueno para que los dos

Las casas de compra ilegales de los asiáticos pagan más por los minerales

chiquillos que arrastran el carrito prosigan hasta el punto que se les indica, donde esperan nuevas instrucciones. Otro pequeño centinela les sigue detrás a unos metros de distancia, vigilando que ninguno de los predadores que merodean por la ciudad les sorprenda por la espalda.

Sobornos y riesgos

Para poder salir de los terrenos de la Gécamines, han sobornado al guarda de la puerta. Como felinos, avanzan sigilosos, intentando silenciar el trajín de la pesada carga. Si les descubren, pierden no solo la larga jornada de trabajo –que incluye el día excavando y la noche transportando– sino también el soborno que les permitió salir con las piedras, además de recibir una represalia en función del humor del vigilante con el que topen. Pero asumen los riesgos porque al otro lado de la ciudad, en las casas de compra ilegales de los asiáticos, pueden vender el material a mejor precio.

Pasa a la página siguiente

internacional

Viene de la página anterior

A través de contratos poco transparentes la Gécamines cede a empresas privadas el derecho a explotar sus minas, en maniobras a menudo corruptas pero que dejan a las compañías en la legalidad, lo que les obliga a pagar tasas e impuestos. Los papeles les dan la ventaja de estar actuando al amparo de la ley pero tienen que enfrentarse a cambio con la dura competencia de las casas de compra ilícitas, que están proliferando y que, exentas de impuestos, pueden pagar mejor el kilo.

La leyenda de Bazano

El Grupo Bazano es una de las mayores firmas que opera en las concesiones de Kolwezi y una de las más conocidas. Aunque Bazano es el nombre del grupo, los ciudadanos cuentan la historia del «señor Bazano, un libanés que supo hacer fortuna en Kolwezi». «Hace poco más de cinco años llegó a la ciudad, donde abrió una pequeña tienda de sardinas y tomate, pero fue listo, entró en el negocio de las minas y ahora está montado en el dólar», dice un seminarista, repitiendo el increíble ascenso de Bazano tal como lo cuentan los mineros, panaderos y profesores del pueblo.

En la parcela del grupo, dentro de las instalaciones de la Gécamines, un letrero plantado en el suelo se burla con cinismo de la realidad del

Un letrero prohíbe trabajar en las minas a mujeres y a menores de 18 años. En vano

día a día de toda la ciudad. En la plaza hay escrito un «prohibido a mujeres y a menores de 18 años», mientras entre los palos que la sostienen pasan numerosos chavales, todos ellos de bíceps desarrollados, con la espalda encorvada por el peso del saco que transportan. Unos metros más abajo, junto a otra de las corrientes de agua, se pueden contar por centenares las mujeres y los menores que trabajan bajo el sol abrasador del mediodía katangués.

El código de trabajo de la legislación nacional prohíbe «las peores formas de trabajo de los niños» y sitúa la edad legal de trabajar a los 18 años. Pero las reglas aquí no las impone un Gobierno inestable e inexperto que intenta arreglárselas aún con los restos de un conflicto (el más mortífero después de la segunda guerra mundial) que duró casi una década (finalizó oficialmente en 2003) y cuyo poder no alcanza a todas las regiones del enorme territorio (el Congo es cuatro veces mayor que Francia). Aquí, a más de 1.000 kilómetros de Kinshasa, la capital, a más de tres semanas en coche del parlamento donde los políticos discuten el futuro del país, las reglas no están escritas, aunque todos las conozcan. Y no es el más votado quien las impone, sino el más listo, el más fuerte o, lo que resulta más habitual, el que más paga. ≡

RESUMEN DE LA PRENSA EXTRANJERA



EL TEMOR
Diarios tan serios y habitualmente prudentes como el francés *Le Monde* y el prestigioso *Financial Times* subrayan el creciente temor a que los bancos tengan serias dificultades para refinar préstamos. El italiano *La Repubblica* tampoco se muestra excesivamente optimista y afirma que ningún prestador potencial de dinero tiene confianza en quienes les piden prestado dinero.

Pesimismo sobre la crisis financiera

Los diarios hablan de fragilidad del sistema bancario

Carlos Elordi

El miedo se instala en los mercados». Con tan alarmante titular de apertura reaccionaba el viernes el habitualmente prudente *Le Monde* a la decisión del Banco Central Europeo de no subir los tipos de interés. «Crece el temor a que los bancos y otras instituciones financieras tengan serias dificultades para refinar préstamos que vencerán en las próximas dos semanas», decía ese mismo día, y también en su primera página, el *Financial Times*. Son dos ejemplos de la escalada verbal que en la última semana han emprendido buena parte de los diarios de referencia del mundo a la hora de valorar lo que está ocurriendo en los mercados financieros.

Un asunto que, según dicen los expertos en los humores del poder, constituye en estos momentos la preocupación principal de los dirigentes políticos occidentales, de este y del otro lado del Atlántico. Lo reconocen abiertamente o no.

Todos los analistas subrayan que el gran problema es que la actividad crediticia está paralizada: no la que afecta al consumidor corriente, aunque esta también se está moderando, sino la que tiene lugar entre las instituciones financieras privadas, que es la decisiva para asegurar la solvencia del sistema. Y también coinciden en que el motivo es la mutua desconfianza que se ha generalizado entre esas instituciones y, particularmente, entre los bancos. «Ningún prestador potencial de dinero sabe si quien se lo pide es fiable», escribía esta semana Maurizio Ricci en *La Repubblica*. Porque ninguno confiesa qué cantidad de títulos basura tienen en su caja: empezando por los de las hipotecas inmobiliarias norteamericanas que corren el riesgo de no ser amortizadas, o cuyos titulares ya han dejado de pagar, y siguiendo por una larga lista de «productos financieros derivados» que sin prudencia alguna los bancos han venido comprando en los últimos tiempos para mejorar su cuenta de resultados: desde tarjetas de crédito, a letras para la compra de coches, pasando por préstamos a empresas.

Los bancos, en cuestión

Ante tamaña incertidumbre —que no implica que muchos de esos activos sean solventes— los bancos tienden a abstenerse de prestar a sus colegas. Y el precio del dinero interbancario sube sin cesar, a pesar de las formidables inyecciones de liquidez que los bancos centrales, en particular el europeo, están haciendo en el siste-



» Una bandera de EEUU en la fachada de Wall Street.

ma. «El primer paso para restablecer la confianza perdida es que todos digamos públicamente qué pérdidas hemos sufrido como consecuencia de la contracción del crédito de las últimas semanas», declaraba el jueves en el *Financial Times* Josef Ackermann, jefe ejecutivo del Deutsche Bank. «Preparémonos para que la crisis se extienda», escribía el día anterior Wolfgang Munchau, una de las firmas de referencia del citado diario.

LA AMENAZA

Todos los analistas subrayan que el gran problema es que la actividad crediticia está paralizada

Por primera vez en décadas se habla de «fragilidad del sistema bancario». En los últimos días algunos analistas han resumido en esos términos la situación derivada del hecho de que bastantes bancos tengan que afrontar la refinanciación de fondos a un ritmo cada vez más frenético y a un precio cada vez más alto. Se sabe que eso está ocurriendo. Aunque también en este caso se desconocen las dimensiones del asunto. Está claro que hay instituciones peor colocadas que otras. Se ha hablado de las serias dificultades de algunos bancos alemanes de dimensiones medias o pequeñas. Pero el único gigante que ha sido citado con nombre y apellidos ha sido el Barclays: el lunes *The Wall Street Jour-*

nal hablaba de sus problemas de caja.

La otra cuestión que apasiona a los especialistas está en saber cómo y cuánto va a afectar lo anterior a la marcha de la economía real. Tampoco hay respuestas en este capítulo. El último informe de previsiones de crecimiento publicado por la OCDE ha sido interpretado como un mal indicio. Particularmente en lo que se refiere a algunos países. Para *Le Monde*, el informe marca «el fin de la recuperación económica francesa», una de las palancas que han elevado hasta cifras récord la popularidad de Nicolas Sarkozy entre sus conciudadanos. El primer diario económico italiano, *Il Sole 24 ore*, valoraba de «muy decepcionantes» las previsiones relativas a su país. Y mientras Alemania salía bastante bien parada, los peores pronósticos de la OCDE recaían sobre el futuro de la economía norteamericana.

La emisión de obligaciones

«Las empresas encuentran grandes dificultades para encontrar financiación en el mercado», ha escrito también *Le Monde*. «La cifra de emisiones de obligaciones se ha hundido. Las empresas más frágiles han renunciado a recurrir al mercado», añadía el diario citando un informe que dice que en agosto se han llevado a cabo en el mundo sólo 892 emisiones de obligaciones, la cifra más baja desde mayo de 1993. Nada parecido al pánico ha llegado aún a las páginas de los periódicos, pero el optimismo brilla por su total ausencia. ≡